

una monarquía templada, constitucional, compuesta de un soberano que es el Papa y de un Parlamento que es el Concilio. Y para demostrar que el Concilio es un parlamento no hay sino ver la independencia de sus juicios, la libertad de sus deliberaciones, el voto de las mayorías, el exámen jurídico de los decretos apostólicos, la condenacion muchas veces de la persona y de la doctrina de los Papas, ni más ni menos que en los parlamentos políticos. La nueva fé destruye, pues, la constitucion de la antigua iglesia, y esta constitucion ó es ó no es divina. Si es divina, los obispos y el Papa no pueden cambiárla. Y si no es divina, entontes ni la Iglesia es Iglesia, ni el Papa Papa, ni obispos los obispos, sino una inmensa impostura y una legion de impostores. «¡Ah! decía el obispo de Sura, si esa definicion del nuevo dogma se consumara, ¡qué triunfo para los enemigos de la Iglesia; cómo evocarían contra nosotros, sin que nosotros pudiéramos responderles, la letra de las escrituras, la voz de los padres, la autoridad de los concilios!» Un nuevo dogma debe ser impuesto por imperiosas exigencias, por la defensa imprescindible de la fé, por la salvacion de las almas. Hoy no se niega solamente la autoridad de la Iglesia; se niega algo más, se niega la existencia de Dios, la divinidad de Cristo, la encarnacion del Verbo, las revelaciones sobrenaturales, todo el espiritua-lismo religioso; y para contrastarlo no hay que arrastrar los fieles, á las plantas de un hombre convertido en ídolo por su propia soberbia y por las serviles complacencias de su tiempo, sino hay que elevarlos en alas de la fé á la contemplacion pura de las verdades eternas y de sus infinitas maravillas.

¿Pues qué, hasta hoy no ha sabido la Iglesia dónde estaba la verdadera autoridad? Despues de diez y nueve siglos, veinte concilios ecuménicos, doscientos cincuenta y ocho papas, la Iglesia declararía que del sistema constitucional y parlamentario pasaba al sistema absoluto, porque jamás supo ni cuál era su in-

terna constitucion, ni dónde estaba la fuente de su autoridad? Y así la enemiga interior de los gobiernos católicos se aumentaría con esta creacion extraña, extemporánea de una autoridad absoluta y se disminuirían las probabilidades de una inteligencia estrecha y de una armonía necesaria entre las diversas sectas cristianas tristemente separadas que, resistiendo la autoridad espiritual de los papas, aun templada por las asambleas concilia-res, más fuertemente resistiría la autoridad absoluta.

El concienzudo libro del sábio Obispo de Sura, despertó agitacion vivísima en el seno de la Iglesia católica. A la sazón expiraba, se moría el grande orador que empleara su vida en reconciliar la Iglesia con la libertad; expiraba, se moría el conde de Montalembert. En realidad expiraba y moría con su ilustre jefe el liberalismo católico. Varios laicos de antiguo consagrados á cuestiones teológicas, y reunidos en la ciudad de Comblenza, dirigiéronle una manifestacion para animarle en su fé y sostenerle en su empresa. Montalembert alzó la abatida frente de la almohada del dolor, abrió los vidriosos apagados ojos; y viendo en vision profética los males que amenazaban á la Iglesia, y los bienes que encierra eternamente la libertad, fulminó algunas maldiciones contra los prevaricadores, sonrió á los apóstoles de la verdadera fé; y ese fué el testamento de su génio, escrito en el estertor de su agonía. Una antigua revista, *El Correspondent*, redactada para contrastar el racionalismo de la *Revista de Ambos mundos*, oyó la voz de su director, de su maestro, y propuso una especie de convencion religiosa, en que se negara por completo la infalibilidad de los Papas, y se admitiera el gobierno constitucional asegurado por la reunion periódica de los Concilios.

El 8 de Diciembre de 1869, se reunió la Asamblea conciliar. Inútil decir que en ese día se conmemora de antiguo el dogma de la Inmaculada Concepcion, y se celebra su fies-

ta. Mal presagio en verdad. El Concilio se reunía bajo los auspicios\* de una declaracion dogmática, que demostraba á un tiempo cómo había disminuido su autoridad, y aumentado la autoridad de los Pontífices. Imposible mirar la Basílica de San Pedro en días tan solemnes, sin que el ánimo se sienta movido á profundas contemplaciones religiosas. El Tíber arrastra cerca de allí sus eternas amarillentas aguas, que parecen como guardar bajo su turbia superficie los furores de los génius infernales; el aire está cargado aun de lágrimas, de suspiros, de almas de mártires inmolados allí por sostener la fé de Cristo y reivindicar la libertad de la conciencia humana; la tierra es la misma que en tiempo de la República araban las yuntas de Cincinato, y en tiempo del Imperio sostenían los fantásticos jardines de Neron; á lo lejos, por medio de los intercolumnios del Bernino, se descubre aquella campiña romana, cuyo jugo llevamos en las ideas de nuestra mente y en la sangre de nuestras venas; en el centro el obelisco traído de Alejandría por un capricho de Calígula, y lleno con las genealogías de los dioses muertos en sus panteones de granito, al soplo vital de buena nueva; en los aires, en las alturas, la cúpula adivinada por el génio de Miguel Angel, bruñida por el sol de Italia, corona del Renacimiento, que consagra las dos edades capitales de la Historia, y que encierra las dos fases eternas del humano espíritu. Imposible no conmoverse á la vista de tantas maravillas, al recuerdo de tantas grandezas; en el santuario más alto del espíritu religioso, en la cabeza del mundo moderno, en la ciudad del derecho y del dogma, de los tribunos y de los Pontífices. Los hombres allí, al pié de las columnas, á las sombras de los arcos, parecen á la verdad tan pequeños como los ganados que pastan en los costados de las altísimas montañas. Cuando se entra, la vista se pierde en las vastas dimensiones y se deslumbra por el esplendor de los mosaicos y de

los bronce. Las medidas del suelo os señalan matemáticamente cuánto aventaja en grandezza á las mayores iglesias de la tierra; los arcos, más altos y gigantescos que los antiguos arcos romanos, recuerdan la victoria de la fé sobre la fuerza; y en el centro del templo, iluminado por lámparas de plata, el sepulcro de aquel humilde pescador de los lagos de Galilea que había de heredar el trono de los Césares y había de alcanzar lo que no alcanzó ni el genio, ni la espada de tantos héroes: la sumision de los bárbaros á la autoridad de la diosa Roma. Imaginaos en tal monumento los obispos venidos de todos los puntos de la tierra, de climas remotos, de regiones jamás conocidas por los antiguos romanos, de esa Australia, de esa América, ni siquiera soñadas por Alejandro, por César ó por Augusto, y podeis en verdad decir que la omnipotencia de Roma no ha disminuido y que si ayer poseía una gran parte de los senos de la tierra, hoy posee aun otra gran parte de los cielos del espíritu. Sobre aquella inmensa congregacion, se levantaba, como un Dios sobre los hombres, el Papa divino y absoluto. Todos demandaban solemnemente, entonando el *Veni Creator* en coro gigantesco, que el Espíritu Santo descendiera sobre la Asamblea, como descendió sobre el Cenáculo de los apóstoles, y el Espíritu Santo, el espíritu de Dios, que creó con una palabra misteriosa todo el universo, se subía, como los vapores de un festín á la cabeza de un solo hombre, á la cabeza del Papa, que iba á ver sancionada por la Iglesia universal tanta usurpacion, tanta soberbia.

Sin embargo, dentro de aquella Asamblea se notaba cierta oposicion; una gran parte de los obispos católicos no quería ceder á las invasiones de la autoridad pontificia. Encontrábase, pues, allí un gérmen de oposicion que, bien cultivada, podía dar frutos amargos al Pontífice. Esta oposicion escribía libros como el libro del obispo de Sura y folletos como el folleto del obispo de Orleans. Algunas veces se arriesgaba á más; algunas veces la-

finos habilísimos, doctos en teología, expertos en buenas letras, y dotados de punzante ironía, trazaban sátiras contra los padres del Concilio en el estilo de las célebres cartas de los varones oscuros y de la más célebre todavía clasificación de los monges glotones, sátiras que el Papa leía en el retiro de su hogar, en el comercio con sus comensales y amigos, desternillándose de risa. Si el obispo de Orleans era el jefe visible de la oposición, el jefe secreto era el padre Theiner. Gran desgracia para Roma: este hombre era un latinista consumado, un erudito diligentísimo, un teólogo profundo, que había tenido á su arbitrio los secretos del archivo Vaticano y había escrito á sus anchas la vida del Papa Clemente XIV. Y toda cuanta erudición le procuraran sus largos estudios y sus privilegiadas privanzas, empleábala en forjar á granel argumentos contra la infalibilidad de los Papas. Ahora mismo, en nuestro tiempo, acaba de morir el padre Theiner; y los alemanes acaban de llevarse sus manuscritos como la revelación más clara de las falsificaciones de Roma y como el ariete más poderoso contra su poder y su soberbia. Frente á frente de esta oposición, alzábanse los neo-católicos exagerados, los ultramontanos intransigentes. Tenían estos y tienen aun á su cabeza uno de los escritores más singulares del mundo, el célebre polemista Mr. Veuillot. Desde el primer día se propuso en el Concilio del Vaticano, emprender y terminar una obra contraria á la obra de Ira Paolo Sarpi en el Concilio de Trento, se propuso emprender y terminar una apología incesante. No busqueis en este escritor el dulce misticismo que eleva las al-

mas y las inunda de una luz semejante á la luz con que resplandecen las Concepciones de Murillo; no busqueis aquella profunda ciencia teológica, sazonado fruto de constantes y variados trabajos; no busqueis siquiera aquella caridad con que el verdadero pastor husmea el rastro de la oveja descarriada y la conduce en sus brazos al redil y al abrigo de la Iglesia. Veuillot es un satírico de primer orden, un descendiente inmediato de Luciano y de Voltaire, un polemista armado de todas armas, uno de esos escritores modernos que han nacido para encender los ánimos en grandes pasiones y para engendrar escándalos de extraordinario estrépito. Así es, que persigue con saña é inflige el castigo de su ironía con verdadero encarnizamiento á los opositores y enemigos de la infalibilidad del Papa. Leyendo sus páginas creéis leer un Sarpi ultramontano y jesuita; creéis asistir á las agonías de un mundo porque hay algo en su acre amargura de Juvenal, de Persio, de todos aquellos en cuyos labios se dibujaba la cadavérica sonrisa de agonizante Imperio. Cuando leéis las obras de los filósofos, las críticas de los racionalistas, las bromas de los volterrianos ¡ah! no advertís tanto la decadencia de la Iglesia como al leer las apologías de Veuillot, sus cóleras reconcentradas, su odio universal, sus epigramas sangrientos, su terrible sarcasmo. Ese hombre, lejos de estar en las alturas serenas donde se levantan los poderes fuertes, lejos de tener la calma de los que esperan en la victoria de las causas seguras, ahulla como los naufragos en el diluvio universal, como los condenados en el supremo y último juicio.

## CAPITULO XI.

### LA LIBERTAD DEL CONCILIO.

Es de ver desde el monte Pincio el espectáculo de las cuatrocientas cúpulas engarzadas en bosques de cipreses; y es de oír el ruido de las mil campanas en los aires de la antigua Roma. En tres siglos no se había reunido un Concilio. Y nunca lo demandaban tanto las crisis supremas de la historia, la sed infinita del espíritu. Cuando se congregó el Concilio de Trento, apenas se reunieron los padres necesarios para constituir sesión; ahora, gracias á esa cultura moderna tan maldecida, gracias á los vapores y á los caminos de hierro tan criticados, gracias á los milagros de esos pueblos liberales y protestantes, setecientos obispos corrian de todos los extremos de la tierra y se juntaban bajo las alas maternales de la Iglesia. Coincidió con esta Asamblea de la Religión, que comunicaba más estrechamente las diversas comuniones católicas, otra Asamblea de la industria, que, abriendo con los esfuerzos de Hércules el Istmo de Suez, comunicaba más estrechamente también el Asia con Europa. La multitud de curiosos que buscan pasto á

su actividad en todos los sucesos extraordinarios y en todas las crisis graves lanzaban á la inmensa Basílica olas y más olas de encrespadas muchedumbres. Los guardias suizos, último resto de los antiguos y fieles perros de los reyes, nacidos y criados en el más republicano de los pueblos, se extendían desde el inmenso pórtico de la gran Basílica, donde se levanta la estatua de Constantino, hasta el sepulcro de San Pedro, estatua y sepulcro que son como los dos Polos de la fundación del Cristianismo. A la derecha la sala del Concilio en la extremidad septentrional del gran crucero. En el semicírculo del ábside una especie de teatro, en el cual se elevan sobre dos gradas las sillas de los cardenales, sobre seis gradas el trono del Papa como indicando que sólo queda de la Iglesia de Cristo la oligarquía y el absolutismo. Apenas se descubre allí perdida la tribuna, el sitio capital de una Asamblea. Y no hay lugar ninguno para los embajadores de las potestades civiles. Los ritos conciliares tienen indudablemente severa majestad. Á